

Cómo era la izquierda

En 1951 el único 'partido' que había en España era el Partido Comunista



TONI COMÍN

Hace 50 años, la española era una izquierda resistente que se enfrentaba a la más represiva y sangrienta de las dictaduras fascistas que quedaban en Europa. Todo resto de la Segunda República había sido desmantelado, erradicado, y el régimen franquista, lúgubre y trágico, durante los 40 se había dedicado a fusilar, encarcelar y reprimir todos los focos visibles de comunismo, socialismo, republicanismo, nacionalismo de izquierdas, o cualquier cosa que se le pudiera parecer.

La de los 50, por lo tanto, es una izquierda traumatizada, aunque no abatida ni derrotada. Podemos identificar varios mundos en el amplio y clandestino panorama de la España resistente de entonces. Por un lado, los restos de los combatientes de la Guerra civil, los últimos maquis, que seguían armados en las zonas rurales, cada vez más aislados, más diezmados. En segundo lugar, como núcleo indiscutible de la resistencia, el Partido Comunista, bajo cuya dirección se organizaba el antifranquismo en las fábricas, en las ciudades, en la universidad, en el mundo intelectual. El PC era "el partido": no había otro en el interior de España.

El PC puso centenares de presos, gente heroica, algunos de los cuales pasaron décadas en las cárceles de Franco, puso muchos muertos, y puso líderes carismáticos como Dolores Ibárruri, "La Pasionaria", que conectaba directamente con la legitimidad republicana. De todos modos, era Santiago Carrillo ya quien, en aquel entonces, lideraba el partido desde el exilio de París. Era, el PC de los 50, un partido en el que ya empezaba a mostrarse la división que décadas más

tarde acabaría por ser letal, entre aquellos que sentían malestar por la dependencia, tanto organizativa como ideológica, respecto de la Unión Soviética, y aquellos que defendían a capa y espada, como una fe ciega, el vínculo con Moscú. Será en esta década cuando empezarán a darse los primeros casos de disidencia, motivados por la represión de la apertura en Hungría, el año 56.

Un tercer bloque era la izquierda intelectual, una buena parte de la cual había partido hacia el exilio, ya fuera a Europa, a Francia mayormente, o a América, muy especialmente a México. Otros intelectuales progresistas habían permanecido en España, en estado de mudez o de represión, en un inacabable exilio interior. Por aquellos tiempos, por otro lado, todavía era impensable la aparición de una Iglesia no nacionalcatólica, no anticomunista, que no fuera una fiel aliada de Franco y enemistada profundamente con todo lo que sonara mínimamente a progresismo.

En último lugar, un cuarto núcleo de la izquierda española empezaba a surgir de entre los jóvenes universitarios, la mayoría de ellos hijos del bando vencedor de la guerra y de procedencia católica. Empezaban a despertar a la brutalidad del franquismo, reconocían la incompatibilidad entre el evangelio y el nacionalcatolicismo, descubrían que la razón histórica estaba del lado de las clases trabajadoras, y no de la burguesía que apoyaba la dictadura. Impactados por los primeros movimientos de liberación nacional en el Tercer mundo, por la revolución cubana y las figuras del primer Fidel y del Che, poco afectos al partido comunista por su dogmatismo ideológico, pero conversos al socialismo como ideal de justicia social, emancipación humana e igualdad, empezaron a surgir grupos políticos a

finales de los años cincuenta como el FLP en España, o el FOC en Cataluña, que luchaban por la democracia en España y una revolución anticapitalista en el mundo entero.

Ni estalinismo soviético, por totalitario, ni socialdemocracia occidental, por no ser más que una versión suave del capitalismo a batir: ésa era la divisa de aquella izquierda juvenil que, décadas más tarde, ya en los años de la transición, acabaría ya fuera en el socialismo democrático español, el PSOE, que con la llegada de la democracia se convertiría en la fuerza hegemónica de la izquierda política española, ya fuera en el PC, que por los años 70 ensayaba su experimento eurocomunista, inspirado por el PCI italiano de Berlinguer. Entretanto, a finales de los 50, se afanaban en buscar terceras vías, entre las cuales Suecia no era todavía aceptada como un buen referente; si acaso Yugoslavia, con su socialismo autogestionario.

A finales de los 50 se afanaban en buscar terceras vías, entre las que Suecia todavía no era aceptada

Precisamente, de la confluencia de comunistas, movimiento obrero clandestino y cristianos de izquierdas, nacerán ya empezada la década de los 60, las Comisiones Obreras, que serían, junto al PC, la otra gran organización de la oposición antifranquista. Pero esta es ya otra década, la del año prodigioso, el año 68, en que confluyen el "mayo francés" y la abortada primavera de Praga, que acentuará la disidencia en el comunismo español y occidental en general; la década de la proliferación de todo tipo de grupúsculos de izquierda, desde los troskistas a los maoístas, que en los 70 avanzarán hasta la subdivisión infinitesimal; la década, en fin, en que los cristianos de izquierda tienen su "primavera" particular, el concilio Vaticano II. Si los 50 habían sido los años de la heroica reconstrucción de la resistencia desde la más oscura clandestinidad; los 60 fueron la década en que todos los sueños parecieron posibles. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE

